

ISLA DE PASCUA: DESCUBRIMIENTO, CRISIS E INCORPORACIÓN



Jaime Parada H.
Director de Estudios
Escuela de Historia



En 1888 la Isla de Pascua fue incorporada oficialmente a la soberanía chilena. Una larga concatenación de acontecimientos que afectaron de modo determinante la vida de los isleños, particularmente durante la segunda mitad del siglo XIX, explican la insistente reclamación ante las autoridades del país realizada por el oficial de marina Policarpo Toro-Mazote Hurtado. En sus comunicados, defendió con vehemencia los beneficios que traería la eventual anexión de una porción de tierra que, hasta entonces, no había sido reclamada por Estado alguno. Esgrimió argumentos muy convincentes, aunque no del todo reales. En su primera carta, fechada en octubre de 1886, Toro aseguraba que la isla serviría de “magnífica estación naval” para la marina chilena; evitaría “que una potencia extranjera, tomando posesión de ella, nos amenace desde allí...”; y que tendría importancia comercial y económica, si sólo se consideran su dieciocho mil hectáreas cubiertas con abundante pasto.¹

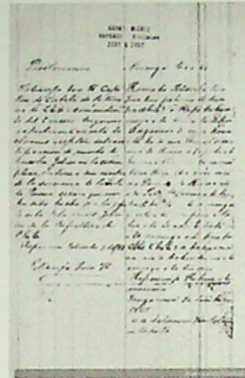
Tal como se han dado las cosas, bien puede decirse que Toro justificó su plan con argumentos insuficientes, aunque debe atribuírsele el mérito de haber ayudado a incrementar nuestro territorio insular. Parece imposible que un marino experto como él no haya sabido que las rutas de navegación –incluido el Cabo de Hornos– pasaban muy lejos de Rapa Nui.² Las 2.600 millas que separan a Pascua de Valparaíso y las 2.750 de Tahití, no la dejan en situación ventajosa para los intereses nacionales ni tampoco para los de los invasores. Por lo demás, su ubicación subtropical a los 27° 09' Lat. S. y 109° 27' Long. W., la convierte en la isla polinésica más oriental, lo que explica –en parte– que ni siquiera Francia haya manifestado interés por ella, aun teniendo protectorado sobre Tahití desde 1842.

En los 117 años transcurridos desde que el Estado chileno la incorporó al territorio, pocos avances permiten justificar la causa que Toro defendiera con tanto ahínco. Aún sumida en la subvaloración, Pascua es en sí una fuente de historia y ricas tradiciones que claramente no se inician con la llegada de los europeos, sino desde su poblamiento polinesio, calculado hacia el 600 d.C.³

Desde los orígenes hasta el ocaso de la sociedad Rapa Nui

Los primeros habitantes de Isla de Pascua arribaron procedentes de Tahití. Navegantes expertos, los polinesios no sólo desarrollaron técnicas de construcción naval que les permitieron recorrer miles de kilómetros, sino que aplicaron todos los elementos de la naturaleza que tenían a su alcance para proyectar mapas mentales que incluían datos astronómicos, olas, corrientes, pa-





tronos de vuelo de las aves, señales en el mar y tierra, para explorar un territorio de islas muy distantes entre sí.⁴

Te pito o *te henúa* (el ombligo del mundo), *Te pito* o *te kainga* (la matriz), *Mata ki te rangi* (ojos que miran al cielo) o *Rapa Nui*, como la llaman sus actuales habitantes, tiene un tamaño de alrededor de 166 kilómetros cuadrados. Su forma triangular ocupa la superficie de un gran cono volcánico que se levanta unos tres mil metros desde el fondo oceánico, dejando ver una serie de cráteres de baja altura. La lejanía con otras islas y especialmente con el continente, limitaron la introducción de animales y vegetales, tanto marinos como terrestres. Las especies llevadas son indicio de una colonización planificada, realizada en sucesivos viajes.⁵

Se estima que el máximo histórico poblacional se produjo hacia el siglo XVII, momento en el que Rapa Nui habría albergado por sobre los 10 mil habitantes. No cabe duda que ese importante número de personas contribuyó, sin quererlo, a transformar el paisaje: al talar intensivamente los árboles existentes para utilizarlos en obras públicas, ceremoniales, leña y muy especialmente para transformar los bosques en territorios de cultivo, los nativos produjeron cambios ambientales de largo aliento que permanecen hasta hoy en día. Una consecuencia impensada fue la pérdida de materias primas para construir embarcaciones, lo que exacerbó el desequilibrio de una población acostumbrada a trasladarse por problemas demográficos.

Una serie de luchas entre clanes, cuyo desenlace lo corona la batalla del Poike (1680), marcó el predominio de la clase guerrera por sobre la clase sacerdotal. Junto con ello, el sistema económico experimentó un giro destinado a generar menor presión sobre el ambiente, en una economía que bien podríamos denominar de escasez. Menos de cincuenta años después se inaugurará otro proceso de desestructuración, esta vez externo, que si bien no se manifestará inmediatamente, producirá efectos im-

pensados a largo plazo. Se trata del encuentro no buscado con los europeos.

Efectivamente, el 5 abril de 1722, una división de buques holandeses, comandada por el almirante Jacob Roggweeen, recaló en una isla desconocida que bautizó como *Paasch* –Pascua– en honor al día que precedió a su descubrimiento. Algunos de los miembros de la tripulación, creyeron ver en ella la isla avistada por el capitán filibustero E. Davis, en 1686. Mas lo que presenciaron no coincidía con lo descrito por el marino inglés casi cuarenta años antes. De hecho, se ha llegado a especular –como lo hizo el geógrafo Alexis Guy Pingré– que lo avistado por Davis no eran más que las islas de San Félix y San Ambrosio. Rodulfo Aman-do Philippi, célebre sabio contratado por el gobierno chileno el siglo XIX, halló una descripción del viaje de Roggweeen en la obra *Suite de l'histoire générale des voyages*, tomo XVII, publicada en Ámsterdam en 1761. En ella se caracterizaba a Isla de Pascua como una isla completamente cultivada y llena de bosques y selvas, poblada por miles de habitantes gigantes –hombres de 12 pies de alto y mujeres de 10– lo que es, dice Philippi, “una evidente mentira”.⁶ Comenzaba a construirse la idea de Isla de Pascua como una isla misteriosa.

Muchos navegantes llegaron a Pascua desde el descubrimiento de Roggweeen. Por su labor, merece ser recordada la expedición comisionada en 1770 por el Virrey del Perú, don Manuel de Amat, a los capitanes Felipe González de Haedo y Antonio Domonte y Ortiz de Zúñiga, a quienes se encomendó tomar posesión de ella en nombre de la Corona Española. El interés del gobierno peninsular era adelantarse a los franceses, quienes habían estado en la isla un año antes, en una expedición comandada por M. de Saville, financiada por la compañía Pondichery.

Se atribuye a la expedición de González de Haedo y Domonte no sólo la toma de posesión que finalmente hicieron (simbolizada con la instalación de “tres cruces en los altozanos de la parte



oriental⁷⁾) sino también, el levantamiento de los primeros planos y el reconocimiento de sus puertos, caletas, ensenadas, cabos, así como del número de habitantes de la que rebautizaron como Isla de San Carlos.⁸ Los verdaderos artífices de tales descripciones fueron, sin embargo, distintos grupos de pilotos, guardiamarinas, sargentos, cabos y tropa del navío San Lorenzo y de la fragata Santa Rosalía, capitaneados por González de Haedo y Domonte respectivamente. Los primeros planos se atribuyen a los pilotos Francisco Antonio Aguera y Juan Hervé.⁹ También realizaron una relación de ciertos usos y costumbres, la que se publicó en la Gaceta de Lima del año 1771, según da cuenta el mismo Philippi. Particularmente interesante resulta la descripción de las vestimentas y ornamentación de los nativos, pues éstas no fueron suficientemente relatadas por Roggeween, dada su corta estadía:

“Andan desnudos, hombres y mujeres, cubriendo sus partes vergonzosas con una red primorosamente trabajada de color de azafrán, y algunos con un pedazo parecido a badana blanca, de cuyos colores usan también, aunque no todos, unos mantos de algodón que anudan sobre su brazo derecho, llegando hasta más debajo de la rodilla.¹⁰ Muchos de ellos llevan en la cabeza una diadema como de plumas, cuyo distintivo parece responder sólo a sus sacerdotes y jefes de varias tribus que se notaron. Generalmente usan tener muy largas las orejas y alientan y colocan en el hueso un aro de hoja de caña seca de varios tamaños. Se dan en el rostro una pintura como azarcón, encima varias listas de blanco, siguiendo desde la barba hasta los pies diferentes dibujos picados con muchas líneas primorosamente hechas por su igualdad, trayendo igualmente pintados en los costados unos ídolos, a quienes daban el nombre de Pare.¹¹”

Los documentos de la expedición hablan de unos tres mil habitantes, como máximo, lo que no es en absoluto coincidente con lo descrito posteriormente por el célebre capitán James Cook, quien sólo cuatro años después, en marzo de 1774, pasó 8 días

en la isla, a la que llegó luego de haber extraviado la ruta a Juan Fernández, según se consigna en su diario de viaje.¹² El descubridor de Hawai nos legó una descripción no muy detallada de algunos aspectos de la cultura de los pascuenses en el último tercio del siglo XVIII. Describe, por ejemplo, la forma y construcción de sus viviendas, las que calificó de chozas “pequeñas y miserables”¹³, amén de algunos de sus cultivos: ñame, taro, plátano, caña de azúcar y papas, “nada en abundancia, pero lo suficiente para el autoconsumo de los seiscientos o setecientos habitantes” que calculó habitaban Pascua.¹⁴ “La naturaleza —explica Cook— ha sido excesivamente parca en sus favores con este lugar, pues todo ha de ser obtenido a fuerza de trabajo; debe suponerse que los habitantes no cultivan más que lo que necesitan para sí mismos, y como son muy pocos en número, nada les sobra para abastecer a los visitantes extranjeros”. Agrega que los nativos “poseen algunas aves domésticas, como gallos y gallinas, pequeños, pero de muy buen gusto, y ratas, que les sirven de alimento según parece, pues vi a un hombre que tenía en la mano algunos de estos animales muertos, de los cuales no quería desprenderse, dando a entender que eran para comérselos”.¹⁵ A pesar de las dificultades para corroborar si esta última especie era parte habitual de la alimentación de los isleños, puede afirmarse con certeza que la vegetación en el siglo XVIII no era lo pobre que manifestaron los viajeros, tal como se expresa en estudios científicos como los de Catherine y Michel Orliac, sobre la base de los restos carbonizados de la cocción de los alimentos.¹⁶ En ellos se consignan, a lo menos, trece especies que no fueron descritas por los navegantes, que formaban parte de la alimentación habitual durante aquel período. Ello, sin embargo, no se contradice con el importante proceso de erosión del suelo de la isla, el que se atribuye tanto a la sobreexplotación de éste como a fenómenos naturales.

Con un espíritu más científico, Jean François de Galaup, Conde de La Perouse, condujo doce años después sus naves *Boussole* y *Astrolabe* hasta Isla de Pascua, con la intención de estudiar el

emplazamiento de la isla y sus habitantes. La mayor contribución de aquella expedición fue haber determinado su exacta situación geográfica, agregando al trabajo de González de Haedo y Domonte una delimitación más precisa de los contornos del litoral.

Durante el siglo XIX nuevos expedicionarios recalaron en la isla, muchos de ellos con motivaciones muy distintas a las de Cook o Galaup. Impulsados por un interés comercial, no dudaron de convertir por la fuerza a los isleños en mano de obra gratuita para sus empresas particulares. Sólo a modo de ejemplo, recordaremos la indeseable incursión del capitán del schooner norteamericano *Le Nancy* (1805), quien, necesitado de marineros para su empresa de caza de focas, forzó a 12 hombres y 10 mujeres a embarcarse en su navío. Ello, relata Philippi, debido al alto precio que se pagaba en China por la piel de la especie que él reconoce como *Otaria argentata*.¹⁷ Al día siguiente el capitán sólo pudo retener a unas pocas mujeres, pues la mayoría de los nativos optó por arrojarse al agua.

Luego de ese episodio, sucesivas expediciones visitaron la isla (norteamericanas, inglesas y francesas principalmente) o bien la observaron sin desembarcar, debido a la oposición de los mismos isleños, quienes razonablemente desconfiaban de todo visitante; así sucedió por ejemplo con la tripulación del navío ruso *Rurick*, en el que viajaba el pintor L. Choris, quien esperaba retratar distintos aspectos de Isla de Pascua. Los temores de los nativos estaban plenamente justificados, como luego comprobarían.

Entre 1859 y 1863 arribaron en sucesivas incursiones una serie de buques provenientes de Perú, iniciando una verdadera caza de isleños, con el propósito de llevarlos a ese país como mano de obra esclava para las faenas agrícolas y guaneras. Según Sebastián Englert, sacerdote capuchino considerado uno de los mayores conocedores de la historia de Rapa Nui, el número de indígenas ultrajados bordeó el millar. Otros autores manejan tesis distintas: Stephen Chauvet asevera que la finalidad de las incursiones era conseguir esclavos para ser vendidos en las islas Gambier, Marquesas y Pomotú¹⁹, mientras que José Miguel Ramírez, conforme a documentos consultados, asegura que los capturados – unos dos mil según dice – aparecen firmando “contratos para servir en casas y haciendas de Lima”.²⁰

Cualquiera sea el móvil, el resultado es el mismo: una merma demográfica que involucró a cerca de la mitad de los habitantes y un proceso interno de anarquía que socavó las bases de las instituciones tradicionales de la isla.²¹ Dos de los *Ariki henua* (jefes), algunos de sus hijos y un importante grupo de hombres sabios, custodios y depositarios de las tradiciones plasmadas en los *Kohau Rongo-Rongo* (tablillas de escritura jeroglífica) se contaron entre los secuestrados.²²

Gracias a las gestiones realizadas por el Vicario Apostólico de la Polinesia, Monseñor Tepano Jaussen S.S.CC., el gobierno fran-

cés reclamó ante las autoridades peruanas a través M. Lesseps, Cónsul General en Lima. A él sumó fuerzas un ex comerciante francés avecindado en Valparaíso, que por ese entonces se preparaba para tomar los hábitos: José Eugenio Eyraud, quien posteriormente será conocido como el “apóstol de la Isla de Pascua”. Tales gestiones permitieron la repatriación de los 470 supervivientes, de los cuales sólo unos cien pudieron iniciar el viaje de vuelta a su tierra, pues el resto murió de disentería, viruela u otras enfermedades antes de partir. La debilidad inmunológica jugó en su contra. Producto de las mismas aflicciones, sólo cerca de 15 lograron llegar a destino. De más está decir que fueron ellos los que, sin saberlo, esparcirán las epidemias en su isla natal.²³ Si damos crédito a las cifras consignadas por Stephen Chauvet, de los cerca de 1.800 habitantes que podían contarse en 1864, unos 930 sobrevivían cuatro años después, y sólo 275 poblaban la isla en 1872.²⁴

La tragedia de Isla de Pascua no terminó ahí. Quedaba aún su patrimonio cultural, el que hasta entonces no había despertado interés en los viajeros. Ello cambió cuando el buque inglés *Topaze* se llevó una estatua de tamaño menor (1868) y, especialmente luego de la visita del buque *Flore* de la Armada francesa (1871), cuya tripulación derribó un número indeterminado de moais para llevarlos a Europa. Incluso los mismos misioneros de los S.S.CC. de Picpus, a quienes nos referiremos a continuación, se hicieron de tres *Rongo-Rongo*, los que también fueron sacados de su lugar de origen.

Misioneros, comerciantes y oportunistas

La situación de Rapa Nui era delicada. La desprotección de sus naturales frente a las amenazas externas era evidente, y no se había manifestado la voluntad de Estado o institución alguna por frenar el ciclo de crisis en el que se encontraban sumidas las cada vez menos almas de Rapa Nui. Esto fue así hasta que un grupo de hermanos de la Congregación francesa de los Sagrados Corazones de Picpus, escuchó el relato del Capitán Lejeune, al mando de la fragata *Cassini*, quien recaló su nave frente a Isla de Pascua en 1862. El comandante desvirtuó la visión sobre la indocilidad de sus habitantes: “se allegaban confiados al barco, llevando sus productos”²⁵, dijo. El testimonio bastó para que los misioneros sintieran la urgencia evangelizadora que, poco tiempo después, se concretó.

Los hermanos de los Sagrados Corazones de Picpus se encontraban establecidos en Valparaíso desde 1837 y en las misiones polinesias desde algunos años antes. El emplazamiento de la congregación en el puerto no fue fortuito: la ubicación de Chile a la entrada del Pacífico, era parada obligatoria para los viajeros, así como una estación estratégica en la ruta hacia la polinesia.²⁶

Particular relevancia genera la figura de quién es considerado el primer evangelizador de Isla de Pascua: Eugenio Eyraud. Naci-

do en Saint Bonnet, Francia, se instaló en Copiapó cuando esa ciudad atravesaba por un período de auge minero. Allí conoció a los sacerdotes de los Sagrados Corazones, a los que inmediatamente comenzó a frecuentar. Pronto se despertó en él la vocación religiosa, trasladándose a Valparaíso para ingresar al noviciado, en el que alcanzó a estar diez meses. Debió interrumpir su formación cuando fue autorizado a integrar la misión que establecería un foco de cristianización en la Isla de Pascua. Tal misión fue permitida por el provincial de la congregación en América, el R.P. Pacomio Olivier, y dirigida por el sacerdote Alberto Montitón, entonces misionero del Vicariato de Tahití. Lo realizado por los misioneros merece ser contado en detalle, pues adquiere el carácter de “hazaña”.

A bordo de la pequeña goleta *La Favorita*, la misión evangelizadora de Pascua se trasladó, primero, a Tahití. El 11 de mayo de 1863 el grupo llegó a Papeete. Allí se enteraron de los sucesos desarrollados por las incursiones peruanas, lo que trastocó el plan original. En este punto comienza la hazaña del Hermano Eugenio, quien se ofreció de voluntario para recabar información *in situ* de la real magnitud de lo allí ocurrido y generar las condiciones para la llegada de sus compañeros. Lo acompañaron cuatro hombres, una mujer y un niño, todos pascuenses, que fueron rescatados de los captores esclavistas. Llevó también, dice su biógrafo, herramientas, madera labrada, harina y catecismos en lengua tahitiana.²⁷

El 2 de enero de 1864 llegaron Eyraud y los nativos a su destino final. Sólo en octubre del mismo año se volvieron a tener noticias del misionero, cuando fueron a su encuentro un hermano y un sacerdote de su congregación. Si bien hay diversas versiones sobre lo vivido por Eyraud durante esos meses, nos parece más confiable el relato que él mismo hizo al superior de la congregación, de vuelta en el noviciado, en una carta fechada en diciembre de 1884. En ella relata cuál fue la actitud de los isleños al verle:

“Cuando llegué a Anarova, me vi de nuevo rodeado de un gentío agitado que cubría la playa, como los días anteriores. El capitán había desembarcado mis efectos. Varios canacas, provistos de lanzas, parecían estar de guardia para defender mi propiedad; pero habían juzgado conveniente apropiarse anticipadamente de lo que habían encontrado a su alcance. Uno se había calado mi sombrero, otro había tenido bastante maña para meterse mi levita: todo lo que no estaba bajo llave había desaparecido.”²⁸

Si bien la aproximación inicial de los pascuenses fue de rechazo, pudo luego establecerse en Hanga-Roa, construyendo con sus propias manos un precario refugio. Allí recibió la protección interesada de un nativo de prestigio, de nombre Torometi, quien le proporcionaba una ración diaria de papas cocidas, al considerarlo al misionero como un objeto de su propiedad. En sus palabras, los nueve meses y nueve días de residencia en Pascua trascurrieron

entre “el trabajo indispensable para cultivar un rincencillo de tierra y sembrar las semillas de legumbres que había traído” y su labor catequista, sólo interrumpida por “cortos momentos de reposo y algunos pequeños incidentes”.²⁹ Su rutina evangelizadora era la que sigue:

“Tres veces al día la campana anunciaba las oraciones. Cuando estaban reunidos, él recitaba la oración, que los asistentes repetían, palabra por palabra. (...) Luego venía la clase, en que se repetían las oraciones, les enseñaba el catecismo, y aprendían a leer. En nueve meses y unos días, como lo podrá imaginar, no he creado doctores; pero, en fin, varios canacas, tanto muchachos como muchachas, han aprendido bastante bien las principales oraciones y los misterios esenciales de la religión. Muchos han comenzado a deletrear y hay cinco o seis que leen regularmente. Estos resultados no parecerán brillantes; pero se deberá tener presente que estas pobres gentes no tenían la más leve idea de las cosas que tenía que enseñarles, que su lengua carecía de las palabras necesarias para designarlas, y que, cuando les enseñaba las oraciones, me era preciso aprender su lengua, lo que es más difícil de lo que se piensa.”³⁰

En párrafos siguientes de la carta describe ciertas actitudes y algo sobre el modo de vida de los isleños, aunque sin profundizar en el sustrato ideológico que explicaba tales costumbres. Su descripción de la vida de los pascuenses daba cuenta de una rutina bastante sencilla:

“En efecto, estas buenas gentes nada tienen que hacer los doce meses del año. Un día de trabajo les asegura una abundante cosecha de patatas para un año entero; durante los trescientos sesenta y cuatro días restantes, se pasean, duermen, se visitan. De este modo las reuniones, las fiestas son continuas; cuando cesan en un punto de la isla, comienzan en otro (...) ¿Se deberá hablar de la industria de estos buenos canacas? Sus necesidades tan limitadas, no los estimulan de ninguna manera, por lo que es natural que vivan en la ociosidad y la indolencia.”³¹

El 9 de septiembre arribó a la isla la goleta *Teresa Ramos*, justo en el momento en que la relación con Torometi se había tornado insostenible. En ella regresó Eyraud a Valparaíso, donde escribió la carta recién citada. Extraordinariamente, los superiores de su congregación aceptaron que tomara los votos anticipadamente, al dar muestras de sus extraordinarias virtudes cristianas. Evaluado el éxito de la gestión de Eyraud, monseñor Tepano Jausen planeó una misión con mayor número de misioneros, con el hermano Eugenio nuevamente a la cabeza. A fines de 1865 se embarcó para reabrir la misión que había fundado. Lo acompañaron el Padre Hipólito Roussel —a quien recogieron en las islas Gambier— y tres fieles de Mangareve, como auxiliares. El 25 de mayo de 1866 llegaron a Pascua.

Esta vez los misioneros habían sido precavidos: para evitar cual-

quier acción vandálica hacia el refugio que construirían, llevar planchas de zinc para recubrirlo. Pronto los pascuenses descubrieron el particular sonido del contacto entre el zinc y las piedras, por lo que se inauguraría un nuevo tipo de entretención en la isla: la lapidación de la casa de los religiosos. Más allá de este dato anecdótico, la misión se instaló en tres sencillos edificios que tardaron poco en construir. Uno de ellos fue concebido como capilla, con capacidad para recibir hasta cien personas.

En el tiempo que llegaron los misioneros, la isla atravesaba una crisis social de magnitudes. Buena parte de los pocos habitantes que aún la poblaban no reconocían autoridad alguna, lo que se prestaba para el pillaje y malas prácticas de otra naturaleza. El mismo Torometi, otrora "protector" del Hermano Eugenio, había sido desterrado junto a su familia y sus viviendas arrasadas por un bando rival. En noviembre se unieron a la misión los padres Gaspar Zumbohn y Teodulo Escolan, quienes habían conseguido que se donaran a la causa "colecciones de árboles frutales, semillas de todas clases, una vaca, dos terneros, conejos, palomas y muchos objetos y útiles".³² A ello deben sumarse otros animales que dejó doña Isidora Goyenechea de Cousiño, en su paso por la isla de regreso de un viaje en uno de sus vapores.³³

A fines de ese año recaló en Pascua el buque *Tampico*. Su capitán dirigió una carta al Padre Pacomio Olivier describiendo las transformaciones logradas por la misión:

"Maravillado estoy al ver lo que la paciencia y el trabajo de dos hombres han podido realizar en tan pocos meses. Ahí donde sólo creía hallar una pobre cabaña mal cerrada, he descubierto edificios bien instalados, cerrados con muros y verjas, una capilla sonriente de flores, un galpón, un jardín; en los alrededores terrenos cultivados y plantados. No sé que me ha sorprendido más, si el trabajo inteligente del H. Eugenio o la angélica paciencia del R. P. Roussel. Vi la iglesita llena, vi a esos mismos salvajes, que meses antes recibían a pedradas a los extranjeros, rezar ahora de rodillas nuestras más hermosas oraciones en lengua canaca, en francés y en latín."³⁴

Durante los dos años siguientes continuó con éxito el proceso evangelizador, el que se vio coronado con el bautizo de casi quinientos indígenas de la isla, en una ceremonia que se extendió desde las seis de la mañana a las dos de la tarde del día 14 de agosto de 1868. No deja de ser curioso que sólo cinco días después de ese importante acontecimiento falleciera Eugenio Eyraud. El legado de los misioneros fue duradero. Pedro Pablo Toro, quien se desempeñó entre 1888 y 1892 como subinspector de colonización, se mostró impresionado de cómo los pascuenses habían asimilado rápidamente y de buena forma la religión, el idioma francés, y ciertos modos de vida "civilizados", tales como el uso de construcciones de mejor calidad, ollas para cocinar, camas y frazadas para dormir, redes de pesca, etc. La cultura occidental se había hecho presente en toda su magnitud.

El año de la cristianización masiva de Pascua es también el de la irrupción de nuevos intereses comerciales en ella. Jean Baptiste Onesime Dutroux-Bornier, un marino francés veterano de la Guerra de Crimea, arribó a la isla con el propósito de criar ganado ovino, el que traería desde Australia. Para ello se asoció en 1870 con el comerciante inglés John Brander, por ese entonces avecindado en Tahití. La primera medida tomada por ambos fue conminar a los hermanos de la misión a establecer un Consejo de Estado, al cual concurrirían también algunos de los jefes reconocidos de la isla. Ello, con el objeto de legalizar la compra de tierras que pretendían llevar a cabo. Constituido este, comenzó la adquisición de territorios. Pronto Dutroux-Bornier se casó con la hija de uno de los *Ariki Henua*, enraizando así sus vínculos con Rapa Nui. De ese matrimonio nacieron dos hijas. De hecho, sus vínculos lo llevaron a pretender declararse rey, lo que finalmente no se concretó. Aún así, pudo rápidamente erigirse como un rico productor de caña de azúcar y vid, además de criador de caballos, bueyes, borregos y las ya mencionadas ovejas. Unas treinta chozas instaladas alrededor de la casa en que residía daban albergue a los indígenas que cultivaban sus tierras y criaban sus animales. Logró también construir un muelle en Hang-Piko, en el que fondeaba su goleta.

Dutroux-Bornier y Brander hicieron sus mejores esfuerzos por sacar a la misión de la isla, lo que de hecho consiguieron azuzando a los nativos en su contra e incluso atentando contra sus residencias. La presión ejercida obligó a los misioneros a abandonar su obra, y refugiarse temporalmente en Tahití. Fueron seguidos por un importante número de isleños que no estaban dispuestos a tolerar las arbitrariedades de los explotadores de su tierra. Esta migración redujo, nuevamente, el número de habitantes de Pascua. Se calcula que habrían quedado en ella sólo unos 111.³⁵

Paralelamente, desde Chile se comenzaba a ver la situación de Pascua con interés. Por ese tiempo, el periódico *El Mercurio* editorializó proponiendo su anexión: "De Chile ha salido el germen civilizador que ha hecho de los habitantes de Pascua un pueblo de cristianos... sólo se trata de reclamar ahora de un modo ostensible lo que nos corresponde".³⁶ En 1870 el gobierno envió la corbeta *O'Higgins*, al mando de José Anacleto Goñi e Ignacio Gana, en un viaje de instrucción de guardiamarinas, que además recabó información científica. Entre esos guardiamarinas se encontraba Policarpo Toro-Mazotte. El mismo monseñor Tepano Jausen escribió tres cartas entre septiembre de 1871 y febrero de 1872 al provincial de los SS.CC. en Valparaíso, para que éste convenciera al gobierno chileno de anexar la isla a su soberanía, enfatizando su valor estratégico y la utilidad para enviar hasta allí a los deportados. Incluso proponía vender al Estado chileno los bienes de la misión, que avaluaba en \$12.750, para así lograr que los nativos también vendieran los propios. En la misma carta monseñor Jausen aseguraba que las propiedades de Brander y Bornier "no eran mayores ni estaban debidamente oficializadas".³⁷ Sin embargo, frente a los fracasados intentos por venderle a Chi-

le sus propiedades, la misión optó por asociarse con Brander y Bornier como única forma de reinstalarse. Si bien las condiciones ofrecidas por la sociedad no fueron buenas, la congregación aportó con algunas construcciones y animales.

Un segundo viaje de instrucción de la *O'Higgins* llevó nuevamente a Toro a visitar la isla, esta vez en 1875. Sin embargo, durante esa década no sólo recalaban buques chilenos. Sucesivas expediciones estuvieron en ella, incluidas el buque ruso *Vitias* (1875), la corbeta francesa *La Flora* (1872), la expedición científica de Adolfo Pinart (1877) y la tripulación del velero norteamericano *Black Eagle*, que tuvo que permanecer seis meses en ella al embarrancar en sus arrecifes (1877). Un elemento común fue el interés por los objetos patrimoniales allí encontrados. A modo de ejemplo, Pierre Loti, expedicionario de *La Flora*, dirigió las maniobras para mutilar y embarcar una estatua de tamaño monumental, de las situadas a la orilla del mar.

Al parecer, los mismos Dutroux-Bornier y Brander habrían iniciado verdaderas empresas de recolección de objetos arcaicos para venderlos a museos y coleccionistas privados. Sin embargo, el abuso que ambos comerciantes hicieron de la riqueza patrimonial de la isla adquirirá un vuelco a partir de 1876, con el asesinato de Dutroux-Bornier a manos de los nativos, y la muerte por causas naturales de Brander, al año siguiente. Esto abrió nuevas posibilidades para la congregación de los SS.CC., la que inició un juicio en Papeete solicitando la disolución de la sociedad, lo que finalmente se concretó en 1884. La misión vendió sus animales a Tatí Salmón y el resto de sus propiedades a John Brander hijo. La viuda de Dutroux-Bornier, descontenta con la porción de los bienes que la justicia le atribuyó, apeló ante la corte de Burdeos.

¿Incorporación para qué?

Policarpo Toro visitó Pascua en 1886, nuevamente como instructor de guardiamarinas, pero esta vez en la corbeta *Abrao*. Fue en ese entonces que hizo la primera petición formal de anexión a la soberanía chilena, en la carta citada al comienzo. En ella, Toro, introducía su argumentación de la siguiente forma: “atendida la distancia, tanto Chile como el Perú tendrían derecho de alegar el predominio de la isla; pero, no habiendo ninguno de los gobiernos dado paso alguno en el sentido de tomar posesión de ella, resulta que la isla está en disponibilidad para el primer ocupante”. Luego inquiría: “¿Cómo es que ninguna nación se ha apoderado de ella?”... y el mismo respondía: “la explicación es muy sencilla: hasta hoy día la isla ha sido explotada por un particular, el que ha sacado un regular beneficio de ella, no conviniéndole por razones particulares darle otra importancia que la que tendría una hacienda para su dueño”.³⁸ Casi cerrando su nota, Toro profetizaba sobre las inmensas posibilidades de la isla: “mañana, cuando el comercio del mundo pase tocando las fértiles playas de ese oasis del océano, no po-

drá menos de reposar en él y bendecir la bandera que le ofrezca el pan y la vida”.³⁹

El llamado de Toro no cayó en saco roto. Más allá del apoyo recibido de personajes de alto prestigio como Benjamín Vicuña Mackenna, el gobierno respondió al ambiente que se estaba creando en favor de la anexión solicitando un informe en Derecho a los miembros del Consejo de Defensa Fiscal, Jorge Huneeus y Osvaldo Rengifo, quienes recomendaron iniciar gestiones con el gobierno francés “a fin de evitar conflictos prejudiciales y aun bochornos para el buen nombre de la República”.⁴⁰ Ello considerando la jurisdicción informal que la nación gala ejercía sobre la isla, como efectivamente lo hacía sobre un buen número de islas de la polinesia.

Finalmente, el gobierno optó por desoír la opinión de los juriconsultos. Lo avalaba la documentación que aseguraba que las autoridades francesas no tenían interés en la isla, tal como lo demostraban las cartas del cónsul chileno en Papeete al Ministro de Relaciones Exteriores, fechada febrero de 1887; del Obispo de Tahití al provincial de los SS.CC. chilenos, de noviembre del mismo año; y el parte de Policarpo Toro al Ministro de Hacienda y Colonización, de febrero de 1888.⁴¹ La decidida intención del Obispo de Tahití, quien estaba dispuesto a traspasar su jurisdicción sobre la isla al obispado de Santiago, sirvió para reforzar la causa impulsada por Toro.

Faltaba convencer a los principales afectados: los pascuenses. Si bien se hicieron algunas mínimas acciones para contar con la anuencia de estos, la decisión ya estaba tomada. Las autoridades chilenas actuaron diligentemente, hasta que Policarpo Toro-Mazotte tomó posesión de Isla de Pascua en nombre del gobierno de Chile, el 9 de septiembre de 1888. Se procuró redactar un acta que formalizaba la cesión hecha al Estado chileno por parte de los 12 nativos principales de la isla, en representación de sus 178 habitantes. Sirvieron de testigos John Norman Brander y Arripaca Salmón, en su calidad de propietarios de la mayor parte de las tierras de Pascua. Paralelamente, se instituyó el cargo de Subinspector de Colonización, el que recayó en manos del Capitán de Ejército Pablo Toro-Mazotte Hurtado, hermano del gestor de la anexión. El acta emanada de este acto formal fue redactada en los siguientes términos:

“Los abajo firmados, jefes de la Isla de Pascua, declaramos ceder para siempre y sin reserva al Gobierno de la República de Chile la soberanía plena y entera de la citada isla, reservándonos al mismo tiempo nuestros títulos de jefes de que estamos investidos y de que gozamos actualmente.”⁴²

Para llegar a eso debió concretarse, primero, la adquisición de las tierras pascuenses para el Estado chileno. Los bienes, incluidos animales y terrenos, estaban repartidos entre distintos propietarios: los misioneros de los SS.CC.; algunos particulares.

como los hermanos Tatí y Arüpaca Salmón, John Brander hijo y la sucesión Bornier, aún en juicio por el capital de la sociedad; también los nativos, en su calidad de primitivos dueños del resto de los terrenos, tal como se consigna en la carta enviada por Toro al Ministro de Hacienda Agustín Edwards, fechada en febrero de 1888.⁴³ Cabe aclarar que los Salmón eran tíos de John Brander hijo, pues su madre era la esposa tahitiana del socio de Dutroux-Bornier.

Previamente, en 1887, el gobierno chileno había acordado comprar a Brander su propiedad, por una suma de seis mil libras esterlinas,⁴⁴ la que quedó sujeta a una promesa de compraventa que exigía al vendedor exhibir sus títulos en el plazo de cuatro meses. Todo, claro, sujeto a la consideración y ratificación de Congreso. Para llegar a este acuerdo, se envió con anterioridad un cuestionario a Brander que pretendía indagar sobre la cantidad y el tipo de animales que poseía en la isla; sobre la extensión de los terrenos comprados a Bornier; sobre el origen de su condición de propietario y respecto de la legalidad de sus títulos, etc. A ella respondió explicitando la cantidad de bienes que poseía: unas 8.400 cabezas de ganado bovino; 300 vacunos; 50 equinos; más de 700 hectáreas en Mataveri, además de unos 19 sitios alrededor de la isla. Además, aseguraba tener títulos legalizados en Papeete y evaluaba sus propiedades en tres mil quinientas libras esterlinas.⁴⁵

Para concretar la transacción Toro debió trasladarse a Tahití. Allí se enteró que los títulos de Brander se encontraban en litigio en la Corte de Burdeos, por lo que no pudo cerrar el negocio. Procedió entonces a establecer un nuevo compromiso de compraventa, que se concretaría dentro de los seis meses siguientes al momento en que fueran exhibidos los documentos normalizados. El precio fijado fue de cuatro mil libras esterlinas. Esto debió hacerlo a título personal, pues no contaba con autorización gubernamental que permitiera un acuerdo de esta naturaleza. En los primeros días de 1888, se firmó ese documento y se concretó la compra de las propiedades de los hermanos Salmón, por un valor de dos mil esterlinas. Finalmente, fueron adquiridas las pertenencias de la misión de los SS.CC., por un valor de 5.000 francos. La demora que estaba produciendo la situación de los bienes de Brander llevó a Toro a acordar, nuevamente a título personal, una tentativa de solución. Ella se concretó con un arriendo por diez años de las propiedades de éste, por un valor de 1.200 plata anuales, sin perjuicio de poder concretar la venta una vez exhibidos los títulos.⁴⁶

Sólo en 1893 la corte de Burdeos confirmó los títulos de Brander. Sin embargo, el gobierno de Jorge Montt desconoció los acuerdos firmados entre Toro y éste, probablemente como forma de fustigar al gestor del proyecto de incorporación, por su lealtad a la administración del fallecido José Manuel Balmaceda, o bien, por simple desinterés frente a una anexión que parecía provocar más egresos que ingresos para la nación. Como sea, Brander

vendió sus bienes a Enrique Merlet en 1897, quien consiguió negociar con el Estado chileno el arrendamiento de todas las propiedades que poseía, por un lapso de veinte años. Pagaría por ello \$1.200 anuales, y debería cumplir con una serie de requisitos, tendientes a entregar mejorado lo recibido, además de procurar ciertas facilidades a los buques de guerra que allí recalaran.⁴⁷ Haciendo gala de su habilidad para los negocios, Merlet consiguió crear la Compañía Explotadora de Isla de Pascua, la que funcionó hasta 1956.

Debe considerarse que el problema del suelo estuvo presente durante todo este período, por la disputa judicial entre el Estado y los dueños de la compañía (cuyo principal accionista pasó a ser Williamson Balfour y Cía.) La empresa pretendió inscribir las escrituras de compraventa en 1916, a lo que el Fisco se opuso argumentando que los títulos exhibidos habían sido validados por un tribunal francés habiendo transcurrido cinco años de la toma de posesión chilena. Luego de varios años de juicios y mediaciones, se firmó un acuerdo definitivo en 1936 que extendía el arriendo hasta 1956, con muy buenas condiciones para los explotadores, pero renunciando a todos sus derechos sobre los terrenos.

Si bien no quiere dejarse la idea de que el Estado chileno estuvo completamente ausente durante esas décadas, no deja de ser sintomático que sólo en 1933 haya podido ser inscrita la propiedad fiscal de la isla ante el conservador de Valparaíso. Por lo demás, la máxima autoridad civil y marítima durante ese período era, increíblemente, el administrador de la empresa. Todo ello valida el cuestionamiento hacia las autoridades que permitieron que Pascua se mantuviera en el estado de indefensión existente previo a la incorporación, mas ello debe ser objeto de un debate que no ha sido abordado con rigurosidad.

Notas

- 1 Toro, Policarpo. "Importancia de la isla de Pascua y la necesidad de que el gobierno de Chile tome inmediatamente posesión de ella". Valparaíso, octubre de 1886, en: Vergara, Víctor. *La Isla de Pascua, dominación y dominio*. Tesis (licenciado) Universidad de Chile, 1939, pp. 87 y 88.
- 2 Fisher, Hermann. *Sombras de Rapa Nui: Alegato por el pueblo olvidado*. Santiago: LOM Ediciones, 2001, p. 91
- 3 Ramírez, José Miguel. *Rapa Nui. Manual de arqueología e historia*. Valparaíso: Centro de estudios Rapa Nui de la Universidad de Valparaíso, año 200?, p. 7.
- 4 *Ibidem*, p. 4.
- 5 *Ibidem*, p. 12.
- 6 Philippi, Rodolfo Amado. *La Isla de Pascua y sus habitantes*. Santiago: Imprenta nacional, 1873, p.1.
- 7 Chauvet, Stephen. *La Isla de Pascua y sus misterios*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1965, p. 28.
- 8 Mellén, Francisco. *Manuscritos y documentos para la historia de la Isla de Pascua. La expedición del Capitán D. Felipe González de Haedo a la Isla de David*. Madrid: Centro de estudios históricos de obras públicas y urbanismo, 1986, p. 57.
- 9 *Ibid.*, pp. 57 a 59.

- 10 Probablemente se trata de un error de los observadores, pues no se sabe de la existencia de algodón en la isla, por lo menos hasta bien entrado el siglo XIX.
- 11 Citado en Philippi, op. cit., pp. 61 y 62.
- 12 Greenfell, A (ed). *The explorations of captain James Cook in the pacific, as told by selections o his own journals 1769-1779*. New York: Dover Publications, 1971, p. 154.
- 13 Cook, James. *Viaje hacia el polo sur y alrededor del mundo*. Madrid: Calpe, 1921-1922, p. 64.
- 14 Greenfell, op. cit., p. 155.
- 15 Cook, op.cit., p. 62.
- 16 Para una bibliografía temática sobre trabajos de esta naturaleza, véase el estudio de José Miguel Ramírez ya citado.
- 17 Philippi, op. cit., p. 3.
- 18 Englert, Sebastián. *La tierra de Hotu Matu'a*. Historia, etnología y lengua de la Isla de Pascua. Santiago: Padre Las Casas, 1948, p. 152-153. El autor llegó a la isla en 1935, proveniente de Alemania. Los siguientes 30 años de su vida los dedicó al estudio y difusión internacional de la cultura rapa nui. Hoy, un museo antropológico situado en la isla lleva su nombre.
- 19 Cfr: Chauvet, op.cit., p. 30.
- 20 Cfr: Ramírez, op. cit., p. 37.
- 21 Englert, op. cit. P. 153.
- 22 Ibáñez, Adolfo. "La incorporación de la Isla de Pascua a la soberanía chilena", en: *Las islas oceánicas de Chile*, vol I. Santiago: Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, 1978, p. 154.
- 23 Ramírez, op. cit., p. 37.
- 24 Chauvet, op.cit., p. 42.
- 25 Edwards, Rafael. *El apóstol de la Isla de Pascua*. José Eugenio Eyraud. Hermano de la Congregación de los Sagrados Corazones. Santiago: Imprenta de Chile, 1918, p. 17.
- 26 Ibáñez, op. cit., pp. 154 y 155.
- 27 Edwards, op. cit., p. 21.
- 28 Ibídem, p. 22.
- 29 Ibídem, p. 30.
- 30 Ídem.
- 31 Ibídem, pp. 32 y ss.
- 32 Ibídem, p. 52.
- 33 Ibáñez, op. cit., p. 157.
- 34 Edwards, op. cit., p. 51.
- 35 Ibáñez, op. cit., p. 158.
- 36 Ibídem, p. 159
- 37 Ídem.
- 38 Toro, op. cit., p. 88.
- 39 Ídem.
- 40 Huneeus, Jorge y Rengifo, Osvaldo. "Informe sobre los antecedentes de Pascua". Santiago, abril de 1888, en: Vergara, op. cit., p. 104.
- 41 Ibáñez, op. cit., p. 160.
- 42 "Cesión", en: Chauvet, op. cit., p. 409.
- 43 Toro, Policarpo. "Parte dando cuenta de los asuntos que anteceden", febrero de 1888, en: Vergara, op. cit., p. 88.
- 44 Ibídem, p. 94.
- 45 Brander, John. "Eastern Island", 1887, en: Ibídem, pp. 91 y 92.
- 46 Ibáñez, op. cit., p. 164.
- 47 Ibídem, p. 170.